

LA COMUNICACIÓN INTERSUBJETIVA COMO PROFESION NECESARIA (o hacia una discusión de la comunicación post-masiva)

Fátima Fernández Christlieb*

XXII Encuentro Nacional de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación AMIC, junio 2010, México D.F.

¿Por qué no apostarle a la comunicación intersubjetiva como un nicho de mercado? ¿Qué obstáculos nos impiden formar a un profesional en comunicación interpersonal cuando lo que se busca son acuerdos? ¿Cuáles serían sus competencias profesionales? Comenzar a plantear estas preguntas es dar el primer paso hacia una opción terminal con futuro para los universitarios que egresan de las carreras de comunicación.

¿Por qué no los hemos formado hasta ahora? Para responder hay que mirar primero hacia atrás, hacia nuestros orígenes.

Con el correr de los años ha resultado verdaderamente paradójico que las escuelas y facultades de Comunicación se dediquen, antes que nada, al estudio de los medios de difusión. La comunicación entre seres humanos se menciona de manera colateral, intermitente, casi de pasadita, como si no representara mayor problema, como si el entendimiento en el seno de una colectividad no fuera la clave para que las cosas marcharan mejor en la casa, en el trabajo, en el país, en el planeta.

El estudio universitario de la comunicación surgió con los medios electrónicos. La llegada de la televisión generó la necesidad de contar con profesionales que hicieran frente a un cúmulo de nuevas tareas. Eso ocurrió hace cincuenta años. Las primeras generaciones, todas, encontraban empleo. Las actuales ya no. Sólo los muy diestros, los recomendados o los que hoy heredan negocios pueden sentirse completamente tranquilos. Los demás entregan currículos inútilmente en periódicos, revistas y emisoras de radio o televisión. Ello en las grandes urbes. En

poblaciones más pequeñas o en ciudades intermedias hay mayores posibilidades de empleo.

Continuando con las paradojas: ¿qué hemos hecho para que la mirada de los egresados se dirija, fundamentalmente, hacia las herramientas y no hacia la fuente de la comunicación? Lo que comenzó por ser un apoyo humano a las nacientes industrias mediáticas se ha convertido en un trabajo instrumental que cada día se aleja más de la esencia de las personas.

Cuando se diseñaron las primeras carreras de Comunicación no existían las computadoras. Era factible proponer el sometimiento de la técnica a las necesidades humanas porque los instrumentos emisores de mensajes eran distintos, diferentes, distinguibles del usuario. Hoy se desdibuja esa línea divisoria. En la era de las redes informáticas los usuarios tienen un vínculo profundo con las herramientas utilizadas. Somos usuarios y al mismo tiempo somos parte del sistema con que trabajamos. Hemos adoptado códigos, íconos, claves, lenguajes que no brotaron de nuestro espíritu sino de la lógica de las redes informativas actuales. La percepción de uno mismo y de los otros tiene un nuevo marco impuesto por la tecnología de nuestra época. Cobrar distancia de lo que ocurre con nuestra comunicación implica, como diría Norbert Elias¹, desinvolucrarnos momentáneamente de nuestro entorno para poder ver la distancia que todavía nos separa de las herramientas en que estamos insertos.

La era de las imágenes opaca y a veces desdibuja la fuerza de la palabra. Las claves de la argumentación están permeadas por los sistemas tecnológicos que nos circundan. Los íconos que designan realidades cada vez son menos elegidos por seres humanos en búsqueda de su identidad individual y colectiva.

En todo esto hay, sin embargo, un “casi”, un espacio para que pueda brotar la conciencia y con ella la alerta cotidiana siempre y cuando ejercitemos la comunicación entre sujetos. No basta para ello externar nuestros sentimientos o diferencias en bruto, no basta lo que comúnmente llamamos comunicación interpersonal. Se requiere comprender las interdependencias humanas y como

¹ ELIAS, Norbert, *Compromiso y Distanciamiento. Ensayos de Sociología del Conocimiento*, Península, Barcelona, 1990.

diría también Elias², ejercer el autocontrol de reacciones intempestivas y de las fuerzas coactivas que están presentes en toda relación humana. Se requiere de la comunicación intersubjetiva, entre sujetos que se esfuerzan por encontrar, racionalmente, una zona de convergencia con el otro, con los otros y sus diferencias.

La comunicación intersubjetiva es un elemento fundamental para la acción humana del siglo XXI. Pero este tipo de comunicación no puede brotar del exterior de las personas. En esto no hay “líderes de opinión” que jalen a la gente. No es un asunto a ejecutar por decreto. Es una reacción vital provocada por el malestar de esta cultura.

Ubicar el malestar en que vivimos requiere de ese mismo distanciamiento que empíricamente realiza un sociólogo norteamericano, Richard Sennett³, al caracterizar las consecuencias personales que trajo consigo la actual forma de organizar el trabajo. Los reajustes continuos, los despidos frecuentes, los proyectos de corto plazo, la búsqueda de ganancias rápidas se han traducido en la corrosión del carácter de los individuos. Los rasgos personales que valoramos de nosotros mismos se ven zarandeados, pisoteados, corroídos, pero hay que aguantar con tal de tener algún ingreso. En otros ambientes, el académico por ejemplo, también hay malestares soterrados, también hay exigencias que obligan a plegarse a líneas de producción estandarizadas internacionalmente, las cuales si son incumplidas se traducen en degradación del prestigio y pérdida de salario. El sistema educativo mundial trazó rutas a seguir y presiona para que la comunicación se reduzca a cuestiones instrumentales. Jean Robert⁴ le llama a esto finalidades sin sujetos.

En un mundo así, es muy difícil tener una percepción de uno mismo como resultado de la comunicación con otro sujeto. Es muy difícil pero no es imposible. No es a golpes de introspección como uno logra comprender las deficiencias de la

² ELIAS, Norbert, *Sociología Fundamental*, Gedisa, Barcelona, 1995.

³ SENNETT, Richard, *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona, 2000.

⁴ ROBERT, Jean, “De la edad de las tecnologías a la era de los sistemas”, En: *La era de los sistemas: ser nodo o ser nada*. Conspiratio Num. 02. Editorial Jus, México, 2009.

propia personalidad o los problemas con los demás. Como dice Marco Millán⁵, son precisamente ellos, los otros, quienes nos muestran quiénes somos. Es lo diferente, lo distinto a mí, lo que me obliga a mirarme con más precisión, a encontrar esa zona de convergencia con el otro y a percibir y calibrar las diferencias que tengo con él. También es esta interacción la que me permite ver con más nitidez los orígenes de lo que humanamente nos duele.

Los miedos inconcientes son obstáculos que subyacen todos los días en nuestros intentos de comunicarnos con los otros. Las creencias limitantes, las lealtades invisibles, las emociones traumáticas son competencia de la psicología y ésta, como tantas otras disciplinas, ha levantado muros que sólo en el discurso ceden a la transdisciplinariedad. ¿Por qué no hemos formado comunicólogos atentos al proceso mediante el cual se entreveran las emociones más recónditas en los discursos aparentemente inofensivos? ¿Cómo es que no nos hemos percatado que detrás de un joven que cae en el narcomenudeo hay necesidades intrínsecamente humanas que nunca han sido satisfechas? ¿Por qué queremos atacar estos problemas con spots televisivos o con campañas que no hacen mella en el corazón de los seres humanos? La comunicación entre madres e hijos, entre madre y padre, entre seres en conflicto es el territorio que conduce a la luz del final del túnel. La salida a tanta conflictiva social es de índole humana, personal, intersubjetiva, no tecnológica.

A la política nacional le hace falta un poco de comunicación. No de lo que llamamos comunicación política, sino la que debiera darse antes que ésta, la comunicación humana, la que se da entre sujetos que buscan acuerdos, que quieren eliminar problemas, que están dispuestos a sentarse en la silla del otro. El saldo de las elecciones de los últimos años es terrible: en vez de escuchar los argumentos de quien votó por cierto partido político le arrojamos rápidamente la etiqueta y permitimos que broten los prejuicios que se antepondrán a todo lo que diga. Junto a las de civismo, nos hacen falta clases de comunicación humana en las escuelas primarias. ¿Cómo construir una zona de convergencia con el otro?

⁵ MILLAN, Marco, "Génesis de la comunicación intersubjetiva", En: *Nosotros y los otros: La comunicación humana como fundamento de la vida social*, Editoras los miércoles, México, 2009.

¿Cómo descubrir lo que éste intenta decirme pero no puede porque es presa de algún miedo inconsciente? ¿Por qué me ataca como si yo fuera su enemigo? ¿No será que inconscientemente le recuerdo a alguien que lo dañó? ¿No será que mi enojo contra el vecino proviene de un conflicto mío muy añejo? Detrás de estas preguntas hay asignaturas pendientes que más allá de la educación formal y ya en la vida, requieren del auxilio de ese profesional en comunicación humana al que no hemos formado. Tampoco hemos logrado ofrecer profesionistas capaces de tender puentes entre las disciplinas.

La producción de conocimiento crece de manera exponencial. En la actualidad es muy difícil que alguien pueda leer todo lo que se publica siquiera en el propio campo. Mucho menos en el territorio de las humanidades y las ciencias sociales. Éstas no avanzan como las ciencias naturales o como la investigación médica. Un especialista, por ejemplo, en fibromialgia -o esa enfermedad de reciente aparición que les da sobre todo a mujeres que padecen dolores infernales pero cuyos análisis no revelan patología alguna- tiene que estar al día. Debe leer los *journals* especializados que dan cuenta de las novedades descubiertas clínicamente. Ello ocurre en cualquier país donde se ubique el investigador. Lo mismo sucede en física, en matemáticas, en química: quienes se dedican a lo mismo no pueden dejar de estudiar lo que producen sus colegas, estarían fuera de la investigación.

No es así en ciencias sociales. Lo frecuente es que cada quien marche por su lado sin necesidad de leer a quienes trabajan lo mismo. Lo que decía Kuhn hace cincuenta años sobre los desacuerdos entre científicos sociales a propósito de los métodos aceptados y de la naturaleza de los problemas que estudian, se ha agudizado. Se antoja necesario que alguien, tal vez un comunicólogo especializado en encontrar zonas en las que puede florecer el acuerdo, pudiera ayudar a tender puentes entre los especializados saberes que afectan a una misma realidad.

Es muy frecuente escuchar que la explicación de algún fenómeno nuevo se encuentra en la física cuántica. Cuando se habla, por ejemplo, de un método de

terapia breve, mal traducido al español como “constelaciones familiares”⁶ se afirma que los representantes que toman parte en la dinámica, reciben la información del campo morfogenético del paciente. Si uno pregunta por la teoría que explica este fenómeno las respuestas suelen ser vagas y confusas. Sin embargo, al observar repetidamente este trabajo y sobre todo si uno funge como representante no queda duda de que se entra en el campo de los otros. ¿Cómo explicarlo? Estamos ante uno de tantos casos en que solamente es posible responder de manera transdisciplinaria probablemente con el auxilio de un comunicólogo intersubjetivo. La comunicación entre las ciencias en un mundo que alza barreras entre los saberes es un territorio casi virgen. Es también un campo de trabajo del comunicólogo. Es una más de las tareas que urgen para el rescate de lo humano. Entre todas ellas tal vez sea posible intentar, otra vez, someter la técnica al espíritu.

*** Académica UNAM tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.**

⁶ Método ensamblado por el alemán Bert Hellinger bajo el nombre de Aufstellung Familien, que comenzó a difundirse a finales de los ochenta y que ha ido ganando adhesiones, aportaciones y críticas, no siempre constructivas, a lo largo de los últimos veinte años.